

A photograph of a person climbing a tall, thin tree in a forest. The person is positioned high up in the branches, secured by ropes. The forest is dense with many trees, some with green leaves and others bare. The sky is visible through the canopy.

Un equipo de altura

Cinco Agentes Forestales integran el GIAR, un grupo especializado para proteger la biodiversidad en lugares inaccesibles

Su “despacho” no tiene paredes, puertas ni ventanas, pero pueden presumir de tener las mejores vistas de toda la región. Son el Grupo de Intervención en Altura de La Rioja (GIAR); un equipo especializado de Agentes Forestales del Gobierno de La Rioja formado para proteger la fauna y la flora en los rincones más inaccesibles de nuestra geografía, aquellos a los que casi nadie puede llegar y que, precisamente por eso, albergan algunos de los tesoros más valiosos del medio natural.

Mientras comprueba, a más de 14 metros del suelo, la estabilidad y las dimensiones de la ramas que le sirven de asiento, Diego está cada vez más convencido de que han elegido una atalaya perfecta. Un magnífico ejemplar de pino silvestre en los montes de Canales de la Sierra. Un árbol de gran porte, con copa estable, buena orientación, y en lo alto de una loma, desde el que se tiene contacto visual con la torreta de incendios de la vecina localidad burgalesa de Huerta de Arriba, donde la asociación GREFA ha instalado los jaulones para el proyecto de cría en cautividad de buitre negro. Si todo sale según lo previsto, y la suerte está de cara, el nido que él y sus compañeros están a punto de construir se convertirá en el futuro hogar de alguno de los 15 ejemplares que el próximo otoño se liberarán en estos montes de la Demanda, con la esperanza de que alguno se empareje y de pie a la reintroducción de la especie en el Sistema Ibérico.

Desde hace un par de años, la jornada laboral de Diego no siempre discurre a ras de suelo. Como tampoco lo hace la de Roberto, Michel, Eduardo e Ivana. Los cinco se han convertido en los primeros integrantes del Grupo de Intervención en Altura de La Rioja (GIAR), una unidad especializada de Agentes Forestales de la Dirección General de Medio Natural que se encarga de proteger la fauna y la flora en los rincones más inaccesibles de nuestra geografía.

A Diego, la constitución de este Grupo le ha brindado la oportunidad de compaginar dos de sus grandes pasiones: su labor en defensa del medio natural como Agente Forestal del Gobierno de La Rioja, y la escalada. De hecho, fue el propio Diego quien echó a rodar la idea, a raíz de un curso de trabajos en altura en el medio natural que realizó a nivel particular, y en el que coincidió con compañeros de Madrid, Andalucía y otras Comunidades Autónomas que habían empezado a impulsar equipos de este tipo. Enseguida se

dio cuenta de las posibilidades que estos trabajos podían proporcionar a la gestión del medio natural riojano, especialmente en el desarrollo de proyectos y actuaciones de conservación de especies amenazadas, que en muchas ocasiones requieren subir y bajar paredes de piedra, escalar árboles, y colgarse de los lugares más insospechados; trabajos que suponen un coste elevado y que hasta el momento solo se podían hacer con la ayuda de empresas privadas, y no siempre con la premura necesaria.

La propuesta fue acogida enseguida por la Dirección General de Medio Natural que inició los contactos con el Ministerio de Agricultura, Pesca, Alimentación y Medio Ambiente para proporcionar a los futuros miembros del Grupo, que se ofrecieron de forma voluntaria, la formación homologada necesaria, la misma que se imparte a todas las regiones de España que quieran poner en marcha un equipo de agentes forestales especializado de estas características. Un año, tres cursos, y 150 duras horas de formación después, el GIAR estaba operativo.

Los grupos especialistas en trabajos de altura suponen un importante avance en la conservación del medio natural

Michel todavía recuerda divertido cómo se embarcó en esta aventura: “Yo era novato total, lo mismo que Eduardo. No habíamos hecho nada de escalada en la vida. Y un día que-

damos con Diego en Clavijo para probar, nos colgamos por primera vez...y allí empezó todo”. “Al final te pueden un poco las ganas de intentarlo por ayudar a la fauna”, añade Eduardo, “lo mismo que a Ivana, la chica del grupo, ella también era nueva en esto, pero le apasionan los animales. Y eso está por encima de cualquier miedo”.

Por eso, “misiones” como la de hoy les provocan enorme satisfacción. “Se enmarca dentro del proyecto Monachus, que pretende recuperar las poblaciones de buitre negro en Europa mediante la reintroducción de individuos procedentes de centros de recuperación de la Península Ibérica y nacidos en cautividad”, explican. Hasta ahora ya se ha impulsado la reintroducción de la especie en los Alpes y los Pirineos, y el próximo objetivo es generar una colonia incipiente en el Sistema Ibérico, concretamente en la Demanda.

Se da la circunstancia de que los puntos de reintroducción elegidos están en la misma frontera con La Rioja, que es una área de expansión potencial excepcional para la especie, y además Medio Natural tiene tres puntos de alimentación para aves necrófagas por la zona, que multiplican aún más las posibilidades de asentamiento. Por eso, no es descabellado pensar que los jóvenes buitres negros encuentren un área de campeo y alimentación habitual en nuestra tierra. Y por qué no, que lleguen a criar en ella.



En sus sacos hay un completo equipo de escalada y diverso material de ferretería.



En la imagen con arnés y mosquetones Ivana, Eduardo, Diego, Roberto y Michel, los cinco integrantes del GIAR.

“Y eso es lo que estamos haciendo”, explica Roberto. “Construir unas plataformas artificiales con la esperanza de que en unos meses las utilicen como nido. Todos los buitres que salgan de la jaula de Huerta de Arriba llevan una “mochila” con GPS a sus espaldas, por lo que conoceremos sus movimientos”. Hoy colocan la primera, pero en total serán tres los nidos que construyan en lo alto de los pinos.

Trabajo en equipo

A los pies del árbol, el resto de compañeros vigilan los movimientos de Diego, le dan instrucciones y atienden a lo que él les va pidiendo. En cada salida al campo, el equipo funciona como un engranaje perfecto. Cada uno tiene una misión y todos dependen de todos. A veces traen ya las tareas repartidas de antemano, pero otras deciden lo que van a hacer cada uno cuando llegan al sitio. Aunque poco a poco, los hay que van cogiendo su especialidad. “Eduardo es el hondero oficial”, comenta Roberto.

Su trabajo es el primer paso para poder subir a ejemplares de gran altura, tanto si se van a instalar o desinstalar nidos, como si se van a realizar labores de poda. Una vez que entre todos eligen la rama más adecuada, una rama fuerte, sana y que de acceso a toda la copa, es el momento de lanzar la hondilla, un peso que se coloca en el extremo de

una cuerda pasaramas, y que luego servirá para colocar y fijar las cuerdas que utilizarán para ascender al árbol con seguridad.

Aquí no hay trucos, tan solo práctica, paciencia, y cierta dosis de habilidad. “Es el que mejor puntería tiene”, coinciden sus compañeros.

Los miembros del GIAR han recibido una intensa formación en escalada, rescate y manejo de fauna

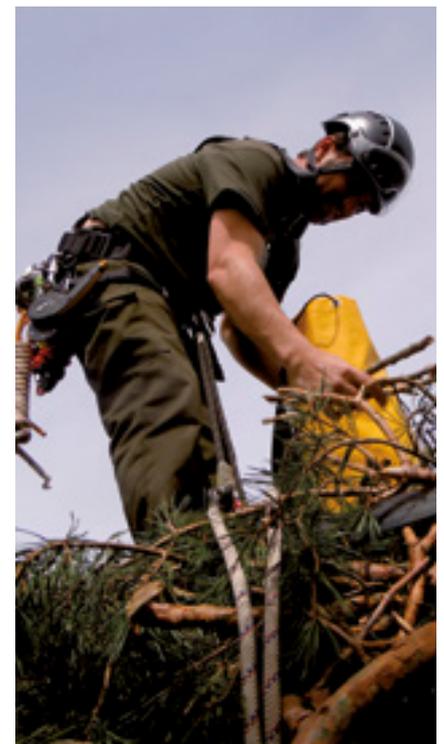
“Pero eso no significa que acierte siempre a la primera, eh?”, bromea Eduardo. De hecho, esta mañana han hecho falta más de seis intentos fallidos de lanzamiento antes de pasar la hondilla por la rama y el lugar adecuado.

La hondilla es una de las decenas de “artilugios” que portan en las sacas los miembros del GIAR. Cuerdas, cordinos, arneses, cascos, una gran variedad de mosquetones... Aunque no todo es material de escalada. En trabajos como el de hoy sus mochilas son una especie de ferretería ambulante en la que no faltan sierras de distinto tamaño para cortar las ramas que molestan, taladros, un soldador, un atornillador de batería, tuercas, tornillos... “al final ahí arriba haces un poco de albañil”, explica Michel. También son imprescindibles, sobre todo en trabajos en pared de roca, unos buenos

prismáticos y, siempre, las emisoras para estar comunicados.

Al final, no resulta extraño que las sacas acaben pesando 40 o 50 kilos. “Hoy, hemos podido dejar los vehículos a pocos cientos de metros del punto de trabajo, pero no siempre es así”, cuenta Roberto. Al contrario, su trabajo les suele llevar a lugares inaccesibles, que a veces les obligan a caminar durante horas con el material a cuestas, antes de empezar la propia actividad, escalada, descenso o lo que toque ese día. “Requiere de mucha técnica y una gran capacidad física”, reconoce, “por eso, dentro de nuestro protocolo de actuación se ha incluido la realización de prácticas al menos una vez al mes cuando no haya salidas, si hace bueno, al aire libre, y si no en un rocódromo, para mantenernos en forma, repasar y reciclar técnicas”.

Enseguida, Michel se prepara para subir al árbol a ayudar a Diego. Se acerca a Roberto, que en todo este tiempo no se ha movido de la base del árbol vigilando los movimientos de su compañero en las alturas. Roberto le engancha los arneses a la cuerda, lo asegura y empieza a ascender. En apenas unos segundos, la figura de Michel



El equipo guarda unas estrictas normas de seguridad en cada salida.

desaparece escondida tras las ramas de la copa del pino.

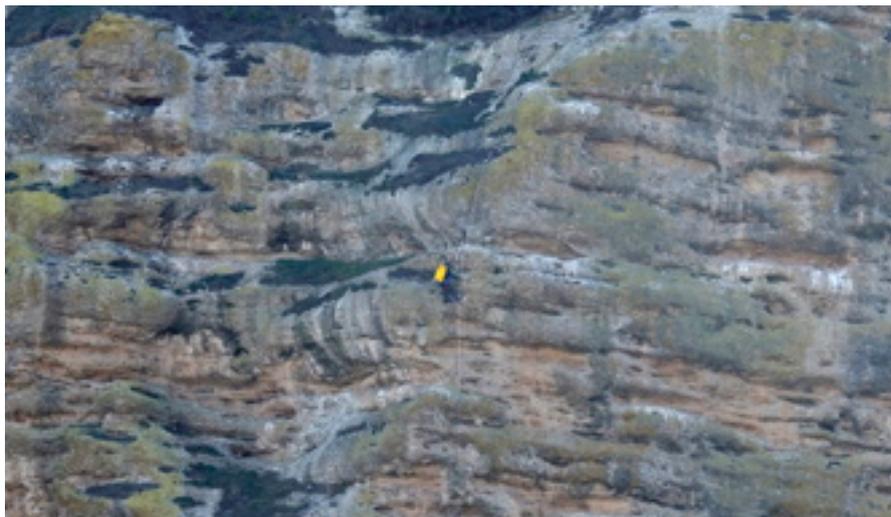
Viéndoles subir y desenvolverse con tal agilidad, suspendidos en el aire a más de diez metros de altura, cuesta creer que esto sea nuevo para la mayoría de ellos. “Los tres cursos han sido muy duros y exigentes”, confiesan, “y después de cada uno había un examen. Son actuaciones que ponen en riesgo tu seguridad y la de tus compañeros, por lo que toda preparación es poca”. “El primer día de curso fue impresionante”, recuerda Roberto, “llegamos allí, y directamente a una pared. Sin anestesia.”

En esa formación han aprendido todo lo necesario: primero a conocer y saber manejar los equipos; después a utilizarlos en tareas de conservación y manejo de fauna; y por último, y fundamental, a dominar estrategias de protección y auto rescate.

En estos meses de rodaje los temores iniciales se han disipado, han desterrado de su vocabulario la palabra vértigo, y cada vez disfrutan más cuando toca una salida. Solo hay una cosa con la que no bromean: la seguridad. Por eso antes de cada actuación repiten un ensayado ritual en el que se revisa cada cuerda, cada anclaje, cada mosquetón... nadie asciende o desciende un palmo del suelo si todo no está perfectamente controlado. Y nunca se desplazan solos a un trabajo. “Procuramos ir como mínimo tres”, cuenta Eduardo, “para que al menos quede uno siempre de apoyo por lo que pueda pasar”.

Un avance en la conservación del medio

Su “bautismo oficial” como GIAR fue en la primavera de 2016. La primera actuación fue acceder hasta un nido de águila perdicera, una especie “En peligro de extinción”, para anillar dos polluelos que habían nacido en el contexto de su Plan de Recuperación. Un par de meses más tarde les tocó llegar a un nido de alimoche en una repisa de un cortado rocoso y coger a dos polluelos que se marcaron con GPS para realizar un seguimiento de



Las actuaciones de conservación de aves rupícolas les obligan a permanecer horas suspendidos en paredes de roca a decenas de metros del suelo.

la especie. Ya este año 2017 volvieron a “colgarse” de paredes verticales para coger muestras de otros nidos de alimoche en Nalda y Anguiano que servirán para que la administración medioambiental riojana realice un estudio sobre la distribución y hábitats de la especie. También en Nalda subieron a talar y trasmochar un chopo que se estaba inclinando hacia la vía Verde para evitar peligros.

Y ya tienen muchas ideas para el futuro, porque el campo de trabajo es enorme. Desde la reparación de nidos de grandes rapaces, el rescate de fauna muerta o herida en situaciones complicadas, censos de flora y fauna rupícola, censos de murciélagos en simas y cuevas, recogida de semillas de fuentes semilleras, podas de árboles singulares, apoyo en el marcaje y anillamiento de especies, eliminación de elementos de escalada en mal estado o en zonas prohibidas...

Agachado en el suelo, Roberto está concentrado colocando arandelas en los tornillos que en unos minutos, subirá en la puela a sus compañeros, junto con las pletinas de hierro, para que monten la estructura del nido, una especie de mecano de unos 90 cm de diámetro. A su lado, un montón de ramas secas que servirán para revestir ese armazón metálico y darle apariencia de un nido abandonado.

En algo más de cuatro horas, el nido está terminado. Pese al esfuerzo, el equipo agradece cada salida,

que compaginan con el resto de labores de Agente Forestal. “Es una motivación, te saca completamente de la rutina”, reconocen. Pero sobre todo, matiza Michel, “es muy gratificante por la recompensa. Imagínate que nos llaman dentro de un año y nos dicen que el nido de buitres está ocupado. Eso no tiene precio”.

Antes de descender, desde lo alto de la copa del pino Diego disfruta por última vez de las magníficas vistas del valle del Najerilla, donde hayedos, pinares y robledales ponen la nota de color a unas montañas tapizadas de pastos y matorral. La misma panorámica que, si todo sale bien, tendrán los futuros inquilinos de este nido.



Mediante poleas se acercan el material hasta el lugar de trabajo.